

Eire

Víctor Ruiz López

Contenido

Capítulo 1 5

Capítulo 2 7

Capítulo 3 8

Capítulo 4 9

Capítulo 5 11

Capítulo 6 14

El que viaja mucho va huyendo de cada lugar que deja y no buscando cada lugar al que llega

Miguel de Unamuno

Capítulo 1

Hacía bastante que habían apagado las luces de la sala de espera del aeropuerto de Alicante, sólo una luz auxiliar ahuyentaba la oscuridad total, bajo una de estas luces de posición se situaba el banco que ocupaba Julia, acostada, con la cabeza apoyada en la mochila trataba de dormir. Había decidido subir en el último bus y pasar la noche en el aeropuerto para no hacer que su madre la tuviera que llevar de madrugada.

Voces, un chasquido metálico dio paso a un destello desbordante de luz blanca, revelando la figura de la chica, que se desperezaba. El teléfono cobró vida también, la vibración le alertaron, las 5 de la mañana. Con sus manos finas, Julia lo alcanzó del fondo del bolsillo de la sudadera enrollada en su espalda y le ordenó que parase, recogió su impedimenta, extendió el bastón y orientándose en el espacio, avanzó. Sabía que unas horas antes, tropiezos y encontronazos mediante, había alcanzado el banco girando a la derecha una vez había llegado a la pared que encaraba la puerta giratoria del aeropuerto. Únicamente debía seguir dicha pared en sentido inverso para llegar hasta la zona de Check-in, a mitad de camino, sabía que se encontraba el baño.

Un vamos allá algo atemorizado sonó desde su interior, todavía un espacio de angustia y fragilidad, sus pasos, sin embargo, pisaban con decisión, todo eran pequeñas victorias.

—Primero vamos a ir encontrando el baño y después... y después ya veremos, cuando llegue a ese río cruzaré ese puente.

Su TR había trabajado infatigablemente el aspecto emocional en sus entrenamientos, meses atrás, por las calles de su barrio, ante la mirada compasiva de sus vecinos: *Pero Julia ¿Qué te ha pasado?, Ay rica, con lo guapa que eras. Una desgracia, pobrecita.*

El bastón tanteaba el suelo brillante en un aeropuerto casi vacío, sin la confianza que había ido ganando, jamás se hubiera embarcado en semejante empresa y, aun así, seguía sintiéndose muy incómoda al deambular en espacios saturados de personas, por eso había elegido el vuelo de las 6 de la mañana, que, además, era el más económico, no todo iba a ser un valle de lágrimas.

Se detuvo al notar la resistencia del bastón a seguir su movimiento por el lado izquierdo, cuando sus manos identificaron una suerte de triángulo en la puerta, se supo vencedora, al fin y al cabo, ya decía Saramago aquello de que las manos son los ojos de los ciegos.

El espejo le devolvía un reflejo inapreciable para ella, sus ojos azules no legaban a desvelar lo que deseaba mirar, esa silueta de piel muy clara, pelo a la altura de los hombros y mirada baja, somnolienta, era ciertamente demasiado para el resto de su mirada celeste.

Su enfermedad había estado acechando, como un monstruo latente que, cualquier día vendría a cobrarse lo suyo y, ella, sabiéndose herida, había vivido muy intensamente la vida. Mas, apenas tuvo tiempo de saltar al bucle de la autodestrucción cuando una notificación le llegó al teléfono, Talk over se la leyó: *Lamentamos informarle que el servicio de asistencia en vuelo que usted ha solicitado, no está disponible para este vuelo.*

—Oh, genial. Y recordó las palabras que le decía su madre, muy despacio, casi silabándolas mientras salía del baño y se ponía las gafas de sol: *La valentía es el coraje para afrontar las situaciones difíciles,*

—*Habrá que improvisar*, se dijo en el momento que golpeaba un carrito de la limpieza.

—*Lo siento cariño, espera que te ayudó, vas cargada como una mula*, le dijo a Julia la limpiadora, ligeramente apurada por la situación

—*Gracias,  Te podrá pedir otro favor? Me han dicho que no está disponible la asistencia de la compañía,  Me podrás llevar al control de seguridad y al Check-in?*

—*Por supuest simo*, le respondió de inmediato la empleada mientras agarraba su brazo de camino a los dispositivos de lectura de tarjetas de embarque.

—*Es aquí cielo,  Puedo preguntar a dónde vas?* Le dijo al instante en el que Julia enfrentaba su teléfono a la máquina, cuya última palabra no contemplaba casos como el suyo en absoluto.

Solo con el teléfono en manos de la limpiadora, pudo entrar. Para entonces, la cola ya llegaba a Torrellano y, un guardia de seguridad la esperaba al otro lado del torno.

—* C mo te llamas?* Dijo Julia, que nunca dejaba una pregunta sin respuesta una vez formulada.

—*Remedios, corazón, me llamo Remedios.*

—*Muchísimas gracias Remedios. A Irlanda, a recorrer el Wild Atlantic Way en bicicleta.*

Capítulo 2

Sentada frente a la ventana del comedor de su casita victoriana de Salthill, Séarlait contestaba correos y organizaba el día en su portátil. Es una mujer de carácter, aún en sus cincuenta, de piel muy clara y pelo a lo garzón, parecía preocupada, por un instante, su mirada esmeralda, entre una constelación de pecas, se desvió hacia la ventana, desde donde divisó, a través del aire frío de la mañana naciente, toda la bahía de Galway, con su niebla majestuosa cruzada de gaviotas.

—Esto no pinta bien, se dijo. Hoy entra un frente tormentoso que durará tres días y se notará especialmente en Connemara, leía en voz alta el titular de un diario online, para a continuación, concluir: *—Me temo que hay que cambiar el plan e ir hacia el sur, espero no defraudar a Julia.*

A las 9 en punto pasaría a recogerla Alan, su empleado. Éste, se presentó finalmente más de media hora tarde, al fin y al cabo, no eran ingleses, sino irlandeses. Del lado derecho de la Volkswagen Transporter gris, sonreía bajo una Caubeen de tweed, la mano derecha de Séarlait, de pelo rizado y cobrizo y espesa barba igualmente judaica, rostro y torso anchos, aguardó hasta que Séarlait se hubo subido. Con sus manos ásperas de Gran Sol, manejaba el timón, navegando entre las cogestionadas calles de Galway hasta alcanzar la tienda de bicicletas que regentaban a las afueras desde hace una década.

Un ademán y un par de gestos complacientes con su mirada aguamarina, cumplía de sobra como disculpa.

—Tienes el tándem preparado, jefa, rompió el silencio por primera vez mientras se apeaba. *—No me gustaría estar por allí arriba con esa tormenta viniendo,* añadió intranquilo.

—Gracias, Alan. Lo sé, contestó Séarlait cerrando la puerta de la furgoneta y, encaminándose hacia la tienda.

—No me queda otra que cambiar de planes.

—¿Tengo que recoger a tu chica?, se interesó Alan.

—No, acordé que la recogería en una hora.

Capítulo 3

Cuando el asedio de la usura de la enfermedad me avocaba a sentarme en el escalón del jardín, como si del personaje mítico de Scott Fitzgerald se tratase, a contemplar los restos marchitos de la fiesta, la ayuda que me brindó la psicóloga de la ONCE para construir una fortaleza que me permitiera mirar sin desazón a lo que dejé atrás, a la veterinaria en la flor de la vida que se iba de ruta en moto los domingos, poco antes de que el Glaucoma se cobrara su pieza, fue esencial.

Así que, en eligiendo un nuevo ámbito en donde recomponer mi vida, elegí viajar sola. Con todo lo complejo que puede parecer para una persona invidente, ahí estaba yo, bastón en ristre e impedimenta a la espalda, bajando del autobús, que horas antes, había cogido en el aeropuerto de Dublín y, ya me situaba en la capital de los atardeceres de la isla esmeralda, Galway.

Eran casi las dos, nuestra hora de comer, que no la de ellos, que sólo toman un aperitivo a media mañana. La estación no estaba muy concurrida y, como tenía el hostel algo alejado, era muy necesario que hiciera una visita al baño. Tras varias vueltas emitiendo un murmullo vergonzoso buscando *the jacks*. Conseguí que, ojalá fuese cierto, un amable irlandés me dejara en la puerta, donde me encontré con un torno que flanqueaba el paso. Con mis manos lo recorrí y, no fui capaz de encontrar la ranura de la moneda. Lo que sí encontré fue un modo sencillo de sortearlo y, eso hice. Se lo tenía merecido.

La salida de la estación no fue menos sencilla, le ordené al teléfono que me llevase al hostel y, anduve un kilómetro con un auricular en un oído, el otro atento al ruido exterior y siempre el bastón, mi pértiga blanca, marcaba mis decididos pasos.

Aquella noche compartí habitación con otras seis chicas; australianas, canadienses y sobre todo estadounidenses. El vínculo entre ambos países es muy estrecho y, no sólo por ser Irlanda la base europea de incontables multinacionales tecnológicas, el aeropuerto de Shannon les ofrece condiciones favorables e incluso, en algunas señales de tráfico que nos encontraríamos por el camino, son fruto del cariño que se profesan, al fin y al cabo, la diáspora es la diáspora.

Capítulo 4

A las diez de la mañana una furgoneta gris tormenta paró en la calle *Bóthar Na mBan*, dos haces de luz se estiraban por el pavimento encharcado, la intensísima lluvia aún dejaba adivinar la silueta de la una mujer que bajaba para abrazar a la chica que aguardaba en la puerta del hostel.

—*Julia, lovely to see you!*, dijo Séarlait mientras abrazaba a Julia.

—*¡Séarlait, al fin!*, replicó Julia, realmente conmovida por estrechar entre sus brazos a una persona tan bondadosamente desinteresada. Un amor tan puro, que le había organizado todo un reto, una vez que Julia, tras no obtener ninguna respuesta de ninguna de las asociaciones de discapacitados visuales de la República, se había puesto en contacto con la RNIB, una institución dedicada a dar apoyo a las personas con discapacidad visual en el lado británico de la isla. Un homólogo, más espiritual que técnico, de la ONCE, quién le puso en contacto con Séarlait.

Dirigiéndose a la tienda por las encharcadas calles de Galway, Séarlait se interesó por cómo había ido el vuelo de Julia.

—*Me hago cargo de lo difícil que debe ser planear una cosa así, incluso con la ayuda de tu entorno*, respondió la conductora con total empatía.

A Julia le costaba especialmente entender el inglés de Séarlait, sabía que debía tener algún tipo de relación con Irlanda del Norte, pues contaba entre las filas de voluntarias de la organización. De modo que le preguntó de manera respetuosa, aprovechando que Séarlait le había dicho que sólo estaban a unas manzanas de la tienda.

—*¿Hace mucho que diriges este negocio en Galway?*, preguntó Julia intrigada.

—*Casi diez años ya, antes tenía la tienda en Belfast, muy cerca de donde nací, en Ballycastle. Es un sitio precioso, pero tuve que marcharme de allí. Es una historia muy larga y, un lugar mágico, con casitas de colores... Aunque para esta aventura, está un poco lejos.*

—*Como ves, siguió Séarlait, el día es frío y desagradable. Parece que la tormenta no remitirá hasta dentro de unos días, justo los días que estamos en la carretera. Me temo que vamos a tener que cambiar la salvaje Connemara por el sur. Tendremos que improvisar*, terminó mientras estacionaba la furgoneta frente a la tienda.

Julia no le dio mucha importancia. Séarlait la guiaba del brazo hacía la tienda, a cuya entrada se situaba Alan, quien saludó a Julia y agarró su equipaje.

—*Demasiado está haciendo por mí*, pensó Julia para sí. — *Let's play it by ear*, le sonrió a Séarlait, que le había conducido a la trastienda donde lucía un precioso tándem naranja de la marca Orbea, erguido en su soporte.

—*Permíteme enseñarte esta preciosidad*, dijo Séarlait acariciando el cuadro con la mano de Julia.

—*Es española como tú*, le dijo llena orgullo y, tras una pausa, siguió: —*Debes vaciar el contenido de tu equipaje, que Alan ha dejado a tus pies, en esta bolsa impermeable que irá acoplada en el lateral. La otra será para mí. Espero que pesen las dos lo mismo, sino tendremos un problema*, rieron ambas.

Séarlait ajustaba en silencio las bolsas al tándem, la lluvia repiqueteaba tras los cristales.

—*Muy bien*, murmuró mientras se incorporaba, —*Ponte tu chubasquero y el chaleco reflectante que salimos.*

Julia experimentaba por primera vez en muchos años la emoción del viajero, se ajustó el casco, comprobaron los intercomunicadores, agarró su manillar y subió a la parte posterior del artefacto. Séarlait en la parte delantera sólo dijo dos frases antes de iniciar la marcha.

—*¿Me escuchas bien, Julia?*

—*Alto y claro.*

—*Haz todo lo que yo haga.*

—*Let's hit the road!. May God bless you! ¡Os recojo en dos días!*, se despidió Alan viendo desaparecer a sus chicas en el caótico tráfico del medio día de Galway en dirección al centro histórico.

Capítulo 5

Nos subimos a la acera y descendimos por una calle adoquinada que nos conduciría al carril bici que, bordeando la moderna catedral de Galway, desembocaba en la vía del salmón, una senda que sigue el curso del furioso río Corrib hacia su final. Nosotras nos situaríamos en nuestro punto oficial de partida, el *Spanish Arch*.

Apoyamos el tándem en la pared. —*¡Tenemos que hacerlo oficial!*, dijo Séarlait con una gran sonrisa, un poco velada por las gotas que le caían de la visera del casco, mientras con mi mano recorría las rugosidades del contorno de la pretérita puerta de entrada del comercio entre España e Irlanda.

—*Por aquí*, me susurraba con una ternura que me trasladaba de vuelta a la infancia, *entraba sal, especias y sobre todo vino, mucho vino. ¡JAJAJAJAJAJA!*, estallamos a reír.

Enseguida estábamos de vuelta sobre el tándem de frío y lluvia racheada, por la R338. Nuestras fuerzas combinadas pronto nos permitirían dejar atrás la ciudad. Me daba un poco de miedo oír pasar a los coches entre rugidos y estelas, remolinaos de agua y viento que, por unos segundos bailaban con nosotras, para finalmente, fusionarse con la lluvia celeste de aquel agosto invernal que empapaba mi cabello y mis mejillas.

—*No te preocupes*, dijo Séarlait, *son bastante respetuosos*.

—*I hope so*, acerté a responder en el poco inglés que aún quedaba en mí de los campamentos de verano de la ONCE.

A la altura de Ballybaan nos paramos ante un cartel informativo.

—*Te tengo que tomar una foto aquí*, me situó Séarlait. Se trataba de uno de los numerosos carteles rectangulares, de fondo marrón, en cuya parte superior, sobre otro rectángulo de fondo azul aparece escritas las iniciales W.A.W. Situadas de tal manera que simulen las olas de la costa atlántica, por las que se encuentra repartida. Una suerte de pléyade que guiaría a las viajeras.

Sli an Atlantaigh Fhián o, en Román paladino, la ruta salvaje del atlántico.

Seguimos entonces la carretera N67, el carril era ancho y separado de la vía principal, el viento con sus fuertes remolinos nos envolvía con su olor a intemperie. El mar que, recortaba una costa descarnada, seguía cayendo sobre nuestras almas. Sólo pensaba en seguir adelante, apretaba los puños contra el manillar y seguía, inasequible al desaliento. A veces no podía evitar la analogía con el camino médico de diagnósticos y operaciones y, seguía, inasequible al desaliento. De superar nuevas situaciones y, seguía, inasequible al desaliento, con la misma decisión con la que ahora empujaba los pedales... Hasta que la resistencia de mis pedales fue demasiado para mí. Se trataba de los frenos de mi auriga.

—*Te voy a mostrar algo*, escuché por el comunicador, *Kinvarra* añadió, aunque a mí me sonó a Navarra, la verdad sea dicha. Giramos hacia la derecha en el instante en el que a la orilla de la carretera se alzaba el fantasma de un castillo en ruinas, de los de lanza ya olvidada, escudo antiguo, rocín flaco y galgo corredor. Una mole ocre, barrida por los vientos que arrastraban los mares.

Me apoyé en sus hombros y descendí del tándem, tenía las piernas y los hombros entumecidos. Séarlait acostó el tándem y, con una dulzura maternal, tomó mi mano.

Recorrimos el perímetro, blandito de césped, áspero de piedra y óxido, de lanza y armadura. Ideo lo que toco, pero no lo reconozco, sólo son distintas superficies en mis dedos, lo que antes hubiera sido un castillo a un simple vistazo, ahora solo son filos de un sol primitivo que se apaga, me ensombreció el miedo por la vida que me queda por vivir.

Y nos volvemos a incorporar, la tormenta arreciaba, el fragor de la lluvia parecía venir de todas partes, a ratos paraba y, entonces, una bruma opalina espiaba nuestra trayectoria. No hablamos de nada, solamente el viento, con su melodía muda, emocionaba mis mejillas.

Mas, el hambre apretaba y sobre un muro de piedra a los pies de la carretera, una vez obtenida una tregua de los elementos, me comí un bocadillo de jamón que terminó Séarlait, mucho mejor que sus barritas.

Nos pilló por sorpresa el granjero de la casa que teníamos a nuestras espaldas, pensé que nos iba a regañar y, sin embargo, nos traía galletas y zumo. Qué dulcemente se preocupa por nosotras, me asombró la hospitalidad de los irlandeses, con toda la soledad de su costa y su clima abrupto y violento.

Una lágrima asomaba por la mirada honesta de nuestro rubicundo granjero, delgado bajo su Caubeen, cuando nos invitó a pasar a su casita para secarnos mientras nos contaba como el granizo segó la vida de unas ovejitas la semana pasada.

Una vez dispuestas, volvimos a la carretera, el sol brillaba por primera vez, en su luminosa tristeza, como disculpándose, girando como una rueda hacia el ocaso. Nosotras, cansadas de girar, encarábamos los últimos kilómetros hasta Lisdoonvarna, se estaba convirtiendo ya en un pueblo en fuga. La carretera transcurría majestuosa por el condado de Clare, moteada de bolitas de algodón blanco de cara negra sobre prados de verde eléctrico, peinados por los vientos.

—*Esta noche dormiremos como reinas en una habitación en Lisdoonvarna, en tiempos fue famoso por su Spa, en la era Victoriana, ahora está cerrado y el pueblo en decadencia, de ahí que sea más barato que Doolin, pero encantador de cualquier manera*, me advirtió. Yo me alegré, pero no contesté, embarnecida de kilómetros y cansancio, solo empujaba. Contaba los *ojos de ángel* que pisábamos, la carretera era diminuta, estaba limitada a 100 km/h y los coches circulaban al doble, era increíble escucharlos volar a mi espalda y de repente, ofrecían sus respetos, frenaban muchísimo y dejando una distancia enorme al adelantar. ¡Qué diferencia con España!

En esa fatiga, respirábamos los albores del ascenso a Corckscrew Hill, jadeantes, tomamos la decisión de subir los kilómetros que nos separaban de la ducha y la cama caliente a pie y, arriadas a la izquierda, empujaba el tándem que Séarlait dirigía por aquellas curvas imposibles.

Una hora después llegamos a nuestro hotel en Lisdoonvarna, el atardecer se intuía, tímido con su frío de luz tenue y gotitas en suspensión. George, el anciano que regentaba el negocio estaba entusiasmado, no mucha gente frecuentaba sus instalaciones y, menos dos viajeras en tándem. Se llevó nuestra cabalgadura a su cobertizo particular y, cuando se enteró que yo era invidente, modificó nuestra reserva de una habitación para dos, por una habitación para cada una, al mismo precio. Eran habitaciones muy sencillas, una cama grande y confortable, un radiador eléctrico donde secaría mi ropa, un baño obsoleto pero funcional y vistas a la iglesia del Corpus Cristi.

Así que con esa gratificante sensación que solo da la ropa limpia tras una ducha, nos fuimos, cogidas de la mano al único pub que servía a esa hora, el Roadside Tavern, que resultó ser todo

un hallazgo, escenario de nuestro diálogo socrático, hablamos de nuestros aciertos y fallos en la vida, di cuenta de un salmón exquisito mientras le traducía a Séarlait la letra de la canción que unos peruanos majísimos tocaban en directo a unos metros.

Con los cálidos compases de Cariñito aún en el cuerpo, nos reducimos a dos siluetas que se adentraban en la noche, negra de cerveza.

Capítulo 6

El amanecer se afirmaba lentamente, acuchillado de tonos naranja cuando nos incorporamos a la R478, 45 minutos de carreterita que nos llevarían a una de las joyas naturales más sobrecogedoras de Irlanda. A esa hora del alba, nos estaría esperando a nosotras solas y, juzgando por las maniobras que hacía Séarlait para esquivar los baches de erosión y turismo, no era poco regalo. Mas acostumbrada a los setenta kilómetros de la jornada anterior, me sorprendió oír el *We made it* de mi Séarlait, giramos a la derecha y pasamos entre las dos oficinas del centro de visitantes para dejar nuestro vehículo.

Llegamos a tiempo para respirar un mar ancho y salvaje. gris azulado con matices violeta, que se prolongaba hasta el confín remoto del horizonte. Inhalábamos un viento intacto que golpeaba los imponentes acantilados, castigaba las rocas con su furia cavernaria.

—*Fue en estas costas donde cientos de barcos de la Felicísima Armada, vencidos por los elementos, se deslizaron hacia un abismo de centenares de metros, segando miles de almas de tus compatriotas*, rompió Séarlait el silencio para, a continuación, persignarse. Yo también quise mostrarles mis respetos. Es increíble sentir como estos escenarios tan agrestes y desolados se prestan a la tragedia.

Todavía se apreciaban los rosados dedos de la aurora cuando, habiéndonos despedido de las vaquitas, vecinas privilegiadas, desandamos nuestros pasos para seguir hacia el sur. En ese momento me acordaba de una cita de Borges; *Todo amanecer nos finge un comienzo*, que me pareció muy oportuna para la última etapa, setenta kilómetros hacia el sur.

—*¿Me oyes Julia? Vamos a avanzar unos kilómetros y paramos a desayunar, ¿Vale? ¿Tienes hambre?*

—*Genial. Sí, pero puedo esperar*. Le respondí mientras paseaba por mi cuerpo con la mente, haciendo recuento de mi estado físico y, descubrí que me sentía súper viva. Allí perdida, con la carretera como espejo, donde sólo era los kilómetros que iba dejado atrás.

Sin importar de quién era la fuerza, avanzábamos hacia Lahinch donde pararíamos a degustar un desayuno irlandés, por primera vez para mí.

Así que dejamos nuestro tándem naranja lo mejor que pudimos y como siempre hacía, saqué de mi bolsa lateral mi mochila de mano, con mi móvil, artículos de aseo y bastón y, nos dirigimos al interior. Allí nos sentamos y enseguida Séarlait le hizo saber nuestras apetencias al camarero; sendos desayunos irlandeses completos, con sus salchichas, su morcilla, su huevo frito y su Whisky.

Pero pasaba el tiempo y nuestro desayuno no llegaba. Séarlait me acompañó al baño, primero entré yo y ella fue a la barra a preguntar que sucedía. Tan pronto salí, sólo encontré aullidos muy profundos, gritos primitivos e ira infinita, así que con la fuerza que da mi fragilidad, desenvainé mi bastón y me dirigí hacia la turba, entonces sentí como la suave mano de Séarlait me arrastraba y entre gritos de *Get out of here* salíamos. A las 10h y sin desayunar.

—*I'm Catholic, asshole*, gritaba Séarlait mientras pateaba la puerta. Entonces me dijo que me agarrara a mi sillín mientras andábamos a la parte posterior donde mi amiga se agacho y con un poderoso chorro, se vengó largamente de aquéllos desquiciados.

Yo me encontraba muy perdida y unos kilómetros en nuestro camino, ya en la N67, con sus arcones grandes y seguros, paramos en un supermercado. Allí, más tranquilas, sentadas en el

área de clientes, entre galletas y zumos, me habló de un dolor muy fino y callado, de gente olvidada, de cráteres en edificios como gritos de horror, de disparos sordos al final de calles muy oscuras, de barrios separados por muros altísimos y como cada 12 de julio su tienda de bicicletas en West Belfast era banalizada por los *Loyalists*.

Pedaleé más fuerte, las nubes en el cielo nos seguían, sentía los rayos del sol sobre mi rostro, mi piel volvía a arder y, me conectaba con mi infancia de sol y azahar, reverdecían en mí las historias que mi madre me contaba, en su voz calida y suave, sobre aquellas guerreras de la mitología griega, las Amazonas, que se amputaban un pecho para afinar su puntería, eso creía que éramos, Amazonas y, así se lo hice saber a Séarlait por el intercomunicador. Empezaba a pensar que no fue la necesidad de aventuras, sino la íntima necesidad de calma la que nos trajo a ese rincón de Irlanda, a mi desde España y a ella desde el Ulster, creo que nos encontramos en ese punto.

—*Aquí las Amazonas son las Cumann na mBan, las irlandesas que lucharon por la independencia de la República*, dijo a modo de contestación.

Poco después, llegábamos al Spanish Point, allí, en aquella playa solitaria, sentadas entre un paisaje desolado que avivaba mis sentidos, comimos un poco de jamón de mi alijo y cerveza, de cara al mar, con su viento de lágrimas de plata... Fue el mejor homenaje que pude pensar para las tripulaciones del San Marcos y el San Esteban.

Afrontábamos ya la recta final del viaje, como viajeras tradicionales, necesitábamos un Finisterre y, ese sería Kike Cliffs, los segundos acantilados más espectaculares de Irlanda, a unos cuarenta kilómetros o unas tres horas de ciclismo relajado, pues el cansancio ya se dejaba notar en las manos, en los hombros, en la espalda y en las piernas. La carretera marchaba paralela a la costa, sentir el sol ponerse, verle declinar a nuestro avance, se percibía como si se acabase algo más que nuestro viaje.

Encontraba que recorrer juntas éste camino, fue un vínculo que la vida instituye, uno de esos que dura para siempre. Una patria del alma que hace un viaje verdadero, desde entonces, mi patria es irlandesa.

Llegamos a tiempo para sentir ponerse el sol, sus rayos, aún en un último esfuerzo consiguieron arrancar algunos destellos melancólicos en nosotras, la suave desolación del viajero a quién ya no le aguardan más descubrimientos. Dejamos que nos anocheciera hasta que una furgoneta llegó al parking, era Alan, mientras paseábamos hacía él, pensaba sobre como vine buscando el dolor y el sueño olvidado a la Irlanda que se me deshacía en las manos y ahora solo le debía la lealtad y gratitud de la viajera que ve cumplido su objetivo. El verdadero viaje termina en el corazón de la viajera.